

PRESENTACIÓN

ALGUNOS CONCEPTOS BÁSICOS DE LA MODERNIDAD MEXICANA, 1750-1850

Escribir no significa convertir lo real en palabras sino hacer que la palabra sea real. Lo irreal sólo está en el mal uso de la palabra, en el mal uso de la escritura.

AUGUSTO ROA BASTOS

Este número se compone de trabajos presentados inicialmente para acreditar un curso de introducción a la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos (enero-mayo de 2008). Con el tiempo, nuevas y esforzadas versiones y correcciones, los ensayos perdieron su carácter escolar y se convirtieron en los artículos que se presentan. Supieron correr el riesgo de esta clase de investigación y encontrarse con las sorpresas propias de la historia: el sentido de historicidad intrínseco a la evolución de la sociedad. Así se practicó una especie de microhistoria conceptual a partir del análisis de la evolución de la unidad mínima productora de sentido, la palabra, permitiendo adivinar el movimiento de una sociedad, en un momento especialmente fértil

para captarlo: el contexto del desplome de la monarquía borbónica española y su fragmentación regional, patente en el surgimiento de los estados modernos nacionales hispano-americanos. Son ensayos inscritos explícitamente dentro de los retos intelectuales planteados por el historiador alemán Reinhart Koselleck. Su publicación, en ese sentido, pretende rendir un pequeño homenaje póstumo a su obra. Son artículos que trascienden en buena medida a la moda de la globalización y de las conmemoraciones actuales. Más bien se relacionan con lo que se conoce hoy en día como el retorno del análisis filológico a la historia, pero que se corresponde con reflexiones críticas incubadas desde mediados del siglo pasado, que obligaron a la disciplina de la historia a preguntarse de nuevo acerca de la naturaleza y estructura de los llamados “hechos históricos”.

Al respecto, el mismo Koselleck no era nada ingenuo al pensar que no toda la realidad del pasado era reducible a un gesto lingüístico, pero sabía, al mismo tiempo, que sin lenguaje no hay realidad histórica. Con ello sólo se insistía en el límite que separa a la realidad sensible (la vivencia) de la realidad observada (la experiencia). Así, no habría historia sin lenguaje, pero tampoco lenguaje sin historia. Por esa razón, para Koselleck la *Begriffsgeschichte* sólo era el paso previo para la formulación de una teoría o la comprensión de la historia.¹ Una historia imbuida de un sentido particular de temporalidad. Colindante con el esfuerzo braudeliano de ofrecer una taxonomía de las temporalida-

¹ “Historia conceptual, memoria e identidad. Entrevista a Reinhart Koselleck”, por Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, Madrid, abril de 2005.

des que atraviesan a la modernidad (pero hecho a partir de la observación de los usos de las palabras), se puede mostrar que el habla está atravesada por la tensión entre formas recibidas (el lenguaje del otro, la tradición) y formas construidas (lenguajes virtuales o potenciales) cuyo soporte es el deseo de trascender o de diferenciación. Esa tensión deja ver la imposibilidad de que el lenguaje, las meras palabras, sean simples reflejos de la experiencia vivida. Alrededor de esa oscilación entre el pasado como espacio de experiencia y el futuro como horizonte de expectativa, emerge propiamente el lenguaje histórico de la modernidad nacionalista.²

Así, la transformación social y política ocurrida en nuestros países entre 1750 y 1850 se realiza en el campo político y militar, pero también en el de las letras. Es en el terreno de las comunicaciones impresas donde se puede observar la movi- lización y transformación del lenguaje político, social y cul- tural heredado. La revolución política y social tiene lugar no solamente en los campos de batalla, sino que se fragua sobre todo en los de la escritura, la producción, consumo, distri- bución y circulación de los impresos. Ahí emergen auténticas guerras de propaganda y contra-propaganda (propagación de informaciones, noticias de lo ocurrido, etc., incluidas las motivaciones para convencer, disuadir, atraer, a los lectores- auditores ciudadanos) que ocurren no sólo entre políticos y letrados, sino que afectan también a otros ámbitos sociales: iglesias, plazas, calles y mercados.

Sin embargo, en el ámbito de las representaciones his- tóricas suele dominar todavía en México una visión trágic-

² Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiem- pos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-357.

co-cómica de su historia, que raya en la fatalidad. En estas imágenes México y los mexicanos aparecen como víctimas de sus propios errores o como resultado de oscuros intereses extranjeros. Por el contrario, a través de esta clase de investigaciones filológico-históricas se propone desarrollar una descripción lingüístico-semántica rigurosa de su historia con el objeto de desdramatizar dicha representación. Se trata de mostrar, antes que de enjuiciar, la manera como la sociedad mexicana se ha observado a sí misma desde el inicio de su ciclo de emancipación político-constitucional. Este esfuerzo se realiza a partir de una mínima selección de términos a fin de ofrecer otra lectura de la historia de la nación mexicana. Se trata no de un diccionario de referencia, sino de posibilitar otra versión de la formación histórica moderna de México.

En los últimos años ha crecido el interés en la revisión de los procesos de independencia y emergencia de la nación; en indagar y cuestionar las transformaciones semánticas de palabras y conceptos para describir el mundo.³ Por ejem-

³ La metodología ha sido desarrollada por los editores Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (*Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland. A-Z*, 8 vols., 1972-1997, 2140 pp.) y otros diccionarios afines como el de Rolf Reichardt y Eberhardt Schmitt (*Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich 1680-1820*, Munich, R. Oldenburg Verlag, 1985), y para el área iberoamericana, Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, y Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008. Recién apareció el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Javier Fernández Sebastián (dir.), Madrid, Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

plo, términos como Nueva España y México requieren una explicación semántico-histórica para entender las implicaciones del paso de una denominación referida a la dominación de la monarquía borbónica, a otra denominación que hace de “México” una entidad soberana, autosuficiente, dueña de su destino y por tanto responsable de sus éxitos y fracasos. El proyecto se basa en la necesidad de contemplar los usos del lenguaje no solamente en su carácter instrumental, sino sobre todo como forma de comunicación. No se trata de realizar un mero inventario de palabras y conceptos sino de mostrar la relación que existe entre el uso de las palabras y la realidad social. La relación entre lenguaje y mundo es constitutiva de la reflexión inscrita en los testimonios de la época. La emergencia de la nación moderna no se entiende sin la identificación y descripción de sus mismas formas de auto-observación. Y dentro de esta operación uno de los axiomas metodológicos centrales consiste en la distinción entre el lenguaje del presente y el lenguaje del pasado, entre el lenguaje de los agentes y el del historiador, considerando que la lengua hablada se inscribe en situaciones únicas, ya que se produce obligadamente dentro de coordenadas particulares y concretas.⁴

Y entonces el interés de este número es mostrar –en un momento de excepción, del tránsito a nuestra modernidad

⁴ En principio cada quien no habla sino en su propia lengua. Y sin ella no tiene acceso a otros lenguajes. La lengua propia es la precondition para la comprensión de otras lenguas. Este movimiento supone una traslación constante entre dos tiempos: el del presente y el del pasado. En ese movimiento, la comprensión de los lenguajes del pasado sólo es accesible a partir de la aplicación del dispositivo heurístico de la diferencia. Sin ésta, en sentido estricto, no hay conocimiento histórico.

nacionalista, que da marco a las formas sociales y estatales que conocemos—, a partir de algunos conceptos guías, cómo se fue dando la reestructuración del mundo antiguo en el moderno. Palabras antiguas como policía, historia, literatura, casta, representación, indio, cultura, razón, cambiaron de significado y se convirtieron en expresiones estructurantes de nuevos campos de experiencia; devinieron referentes de la nueva sociedad mexicana. La selección cubre un pequeño espectro de conceptos literarios e históricos, filosóficos y políticos, sin que hubiera de por medio un plan estratégico inicial. Cada uno de los autores seleccionó el concepto con el que deseaba trabajar. Siendo así, uno de los aspectos interesantes de la investigación consistió en advertir el carácter sistémico de cada vocablo, es decir, la convergencia de cada uno de ellos en un punto: su conversión en conceptos políticos. Aun tratándose de los aparentemente más lejanos como literatura, historia, razón, cultura, se les verá coincidir en el tiempo y en la semántica con otros más etnográficos o políticos como indio, raza, representación, policía. Señal inequívoca de las relaciones ocultas inmanentes a la pluralidad y polivalencia semántica del lenguaje.⁵ También se confirma con ello que su transformación semántica refiere a la aparición de la experiencia moderna del tiempo, sello y marca distintiva de todos los estados modernos nacionales surgidos en la encrucijada histórica datada entre 1750-1850.

⁵ Desde luego cada palabra, por lo mismo, está abierta a diversos cuestionamientos. Por ejemplo, sobre el concepto de razón. ¿Qué implica el surgimiento del racionalismo o apego a la razón en la sociedad poscolonial? ¿Qué queda de la razón natural en el nuevo régimen? ¿A partir de qué distinciones va constituyendo su nuevo campo?

De esa manera, se pretende mostrar también que eso que opera en el campo de lo mental o de la cultura no transcurre a una velocidad más lenta en comparación con otras identificadas con la política y la economía. Sino que unas y otras no son tales sin el empuje y la manera como las sociedades van dando sentido (se van observando) a su movimiento mediante el recurso del lenguaje. De fondo aparece ya el problema apuntado al principio: cómo se puede articular una teoría de la historia a partir de este dispositivo metodológico de la historia de los conceptos, a saber, la cuestión de disponer de una teoría general sociohistórica que nos diga cómo se establecen las relaciones entre estructura y acontecimiento, entre lo nuevo e inédito, y lo ya visto, lo que se repite, entre lo que aparentemente no cambia, que parece asemejarse en el presente a cosas pasadas, y lo que aparentemente puede presentarse, por el contrario, como absolutamente nuevo o inédito. Sólo una teoría que combine cambio y repetición mostraría cómo en la historia todo cambia al mismo tiempo que todo permanece. Para su comprensión se requiere la elaboración de otra epistemología histórica.

Koselleck apunta el problema al ejemplificar cómo la estructura de la argumentación en la polis griega y la renacentista podría aparecer superficialmente como idéntica, pero al traspasar ese umbral descubrir que eso mismo era vivido y experimentado de otra manera. Si la situación es nueva entonces los argumentos son transferidos generalmente del pasado para hacer inteligible la novedad. “Y eso constituye una técnica o un arte, un arte histórico que consiste en entrelazar series de acontecimientos en el largo plazo, a través del descubrimiento de estructuras repetitivas [...]” Lógicamente no se trata de oponer sincronía a diacro-

nía sino de analizar la capacidad de innovación dentro de una lengua. Viejas estructuras/nuevos significados. Si afirmamos que todo es repetitivo no hay posibilidad de nada nuevo; si afirmamos en cambio que todo es nuevo, no se podría vivir. Si todo fuera una novedad, una sorpresa, “uno carecería de los conocimientos y de las habilidades más elementales para vivir. Así pues hace falta un mínimo de repetición para entender lo que ocurrirá mañana”.⁶

En una época “posrevolucionaria”, “postilustrada”, estas son algunas de las líneas abiertas por el trabajo y la obra de Koselleck, que pueden ayudar a repensar y refrescar viejas narrativas de corte nacional-revolucionario, incapaces de iluminar las relaciones cambiantes que se dan en cada presente, entre el pasado y el futuro. Una de las características del presente de aquel pasado examinado en este expediente consiste precisamente en mostrar la brecha que separará sus expectativas de su experiencia vivida. Y debido a esa brecha creciente, la historia tradicional de corte ciceroniano tenderá a perder todo su esplendor, convirtiéndose solamente en uno más de los artilugios retóricos de la modernidad frente a un futuro vuelto cada vez más imprevisible.

Guillermo Zermeño Padilla

El Colegio de México

⁶ Esta clase de reflexiones se encuentra en la entrevista a Koselleck referida en la nota 1. También puede consultarse su ensayo “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, en *Revista de Estudios Políticos*, 134 (dic. 2006), pp. 17-34.